

dos los estados de su admirable vida? ¿Quién como María llegó á aquel grado de perfectísima abnegacion que la impulsó á ofrecer por los hombres, sus hermanos y sus hijos, los sacrificios heróicos que la han merecido que «todos los pueblos y todos los siglos la llamen bienaventurada?» ¿Quién, en fin, podrá gloriarse mejor que María de ser «la madre de la ciencia» que forma los santos? *ego mater agnitionis.*

Yo bien comprendo, A. H., que ante la alteza y sublimidad de las virtudes de esta gran Reina, que es como la llama la Iglesia «el Espejo de la justicia,» el hombre retrocede abrumado por su propia miseria, y abatido por la escasez de sus méritos. Pero tambien comprendo que «es un error creer, diré con un escritor, que las virtudes practicadas por María son muy superiores á nuestras fuerzas, y no convienen mas que á unas almas privilegiadas y perfectas. Aunque fueron admirables se pueden imitar; las lecciones que nos dió, pueden fácilmente ponerse en práctica, y habiendo sido Ella nuestro ejemplar y modelo, ¿nos será muy costoso imitarla? La humildad cuadra mejor á unos pecadores que á una Virgen sin mancilla; la obediencia sienta mejor á unos siervos que á la Madre de Dios, y la penitencia es mas propia de los culpables que de una inocente. La fe es mas fácil despues de instituida la religion; la esperanza despues del cumplimiento de tantas promesas, y la caridad despues de la pasion y muerte del Salvador. ¿Cómo, pues nos escusamos de seguir las huellas de María? ¿Acaso diciendo que Ella estaba llena de santidad, de perfeccion y de gracia, y nosotros estamos llenos de defectos, de flaquezas y de malicia? Pues justamente porque no somos santos, ni perfectos, ni estamos llenos de gracia, debemos redoblar el paso en el camino de la virtud, y suplir con el trabajo asiduo y el fervor nuestro poco adelantamiento y tibia disposicion.» Dispóngámonos, pues, á recibir la ciencia de María que nos comunicará los principios de toda virtud, que nos trazará

los medios conducentes para adquirirla, que nos alcanzará las gracias necesarias para vencer nuestras repugnancias, para arrostrar todas las dificultades que se opongan á nuestro loable y santo empeño en hacer los progresos á que estamos llamados en la adquisicion de las virtudes cristianas, para conseguir con ellas la felicidad de los santos; porque María tambien es la «madre de la santa esperanza,» y con esta nos alentará en los difíciles dias de nuestra penosa peregrinacion: *ego mater sanctæ spei.*

III.

Los verdaderos progresos en el ejercicio de las virtudes que María nos enseña, han de llevarnos precisamente al término de nuestras santas aspiraciones, que es el cielo; porque, segun frase del Apóstol, en su carta á los hebreos, «aquí no tenemos ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir;» y esto sucederá si continuamos correspondiendo á los auxilios de la gracia divina, que la Santísima Virgen nos conseguirá de la misericordia y bondad de nuestro Dios. Para ello tenemos necesidad de unirnos cada dia mas á este Señor; y esta union celestial y divina, á que debemos aspirar con todas nuestras fuerzas, tiene tres actos, segun el angélico doctor Santo Tomás, que expone un sábio contemplativo. «El primero es union de entendimiento, cuyo oficio es traer á Dios dentro de sí mismo y aposentarle en su memoria, pensando en El y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y perfecto, el cual sea como una imágen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme, segun aquello del Apóstol que dice: «Nosotros con rostro descubierto, y sin el velo de Moisés, miramos como un espejo la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imágen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino Espiritu.» El segundo acto de union

es union de voluntad, la cual sale de sí y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella, y descansando del mejor modo que puede gozar de ella. Por último, el acto tercero de esa union santísima, es union de semejanza en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen á la perfeccion de la vida cristiana. De esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol, que «contemplando la gloria de Dios, nos trasformamos en su imágen, recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes á su gloriosa divinidad, pasando de una claridad á otra, esto es, de la claridad del conocimiento á la claridad del afecto, y de esta á la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sion:» *ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion.*

¿No es verdad, A. H. M., que esta union íntima, sagrada, celestial, que nos acerca á Dios, que nos identifica con Dios, y que nos lleva á gozar de Dios eternamente en los cielos, supera á todo cuanto de grande y sublime, de agradable y dichoso podemos concebir en nuestra limitada inteligencia? Pues María que «es la madre de la santa esperanza» nos dará una poderosa garantía de tanta felicidad, comunicándonos un destello siquiera de esa esperanza que atesora para colmar con ella de dicha imperecedera á los que la buscan y la invocan. ¿Y sabéis cómo? A. M. persuadiéndonos como debemos persuadirnos en las meditaciones que haremos de hacer en los días sucesivos, de que en María Santísima la humanidad ha sido glorificada. ¡Ah! los destinos de esta gran Señora estaban íntimamente ligados sobre la tierra y en el cielo con nuestros mismos destinos, con los de todos los hombres de todos los tiempos, y el Señor que «siempre tuvo sus complacencias con los hijos de los hombres,» para

demostrar estas lo hizo mas prácticamente en la sacratísima persona de María, su Madre, su Hija predilecta, su agraciada Esposa. Así es que, ¿se trata de su Concepcion? pues nuestro buen Dios la preserva por un privilegio singular de la culpa y de la pena que nosotros contraemos al ser «concebidos por nuestras madres en la iniquidad y en los pecados» como dijo David en uno de sus Salmos; y siendo así glorificada María, lo hemos sido tambien nosotros. ¿Se trata de la Encarnacion del Verbo de Dios? María ha sido la elegida para que preste su propia sangre al Unigénito de Dios, para que le dé la naturaleza humana, concibiéndolo por obra del Espíritu Santo, y la naturaleza humana es sublimada, es glorificada de este modo maravilloso en la persona de María. No tiene duda; esta Virgen santísima va á ser el agente poderosísimo de nuestra ventura en el orden moral y sobrenatural; porque en Belen honra y engrandece la pobreza; en el templo de Jerusalem, en aquel dia memorable de su purificacion, santifica la obediencia, para que nosotros practiquemos con dignidad y santamente esta hermosa virtud; en el Calvario, glorifica María la paciencia, esa virtud que tan necesaria nos es en este valle de todos los dolores, de todas las contradicciones, de todos los sufrimientos. La Santísima María hasta llega á dignificar la muerte, porque en su tránsito de esta vida á la pátria de los santos, á que es llamada para ser su Reina, nos da lecciones muy importantes para prepararnos á morir, á fin de que nuestra muerte sea preciosa en presencia del Señor, porque «preciosa es la muerte de los justos:» *preciosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* Y como si todo esto no fuera bastante para alentar nuestras esperanzas, en el misterio de su Asuncion y de su Coronacion en los cielos, nos patentiza dónde está nuestra felicidad, y cómo se logra esta dicha imperecedera é inefable.

Esta es, M. A. H., la síntesis de los importantes asuntos de que hemos de ocuparnos detalladamente en todo el mes

que vamos á consagrar al culto y á la gloria de nuestra celestial, cariñosa y benditísima Madre. Como acabo de indicaros, se trata nada menos que de enmendar nuestra vida, si somos pecadores; y para ello se necesita comenzar á amar á Dios, como fuente de toda bondad, y temerle en vista de nuestras repetidas ofensas, y del santo respeto que se le debe; pues María es «la madre del amor hermoso, y del temor de Dios.» Vamos á ocuparnos de la adquisicion de las virtudes, porque no es bastante nuestra conversion á Dios, sin el acrecentamiento de las virtudes y la perseverancia en la justicia recibida; y María se nos ofrece como madre de la verdadera ciencia, de la ciencia que hace santos y amigos de Dios. Debemos, en fin, unirnos á Dios por el sacrificio á este Señor de nuestra inteligencia, de nuestro corazon y de nuestra voluntad; y en María hallaremos los medios eficaces de realizar esa union inefable que nos ha de proporcionar la union indisoluble y santa de nuestras almas con Dios en la patria celestial, para ser dichosos eternamente; porque esta Señora es tambien madre de la santa esperanza: *ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.*

¡Ah! dichosos, y verdaderamente dichosos, podremos llamarnos si alcanzamos en el *Mes de María* la consecucion de tan altos fines. No nos propongamos otra cosa en estos solemnes cultos; porque á la vez que en ellos cooperamos á la obra necesaria, «la única necesaria de la vida que es la salvacion,» honraremos y glorificaremos á nuestra Madre, que es tambien Madre de Dios. ¡Cuánto se gozará esta bondadosa Señora en que nosotros demostremos que somos fieles servidores de su divino Hijo Jesus! Porque si hemos quebrantado sus santos mandamientos, verá nuestro noble empeño en reparar con la penitencia nuestra ingratitud y nuestra perfidia. Si hemos sido descuidados y perezosos en la adquisicion de las virtudes, que son el mas rico tesoro de nuestras almas, comprenderá nuestro anhelo para atesorar méritos de santi-

ficacion y de vida verdadera. Si hemos sido tibios para acercarnos á Dios, último y legítimo fin de todos nuestros deseos, contemplará muy complacida nuestro fervor por conquistar el reino eterno que se nos ha prometido. De esta manera es indudable que daremos pruebas de que amamos con sinceridad á María, de que nos esforzamos en imitarla, y de que nuestras invocaciones brotan de lo mas íntimo de nuestro corazon, confiando en el patrocinio efficacísimo de la Madre bendita de Dios. Estos santos y loables propósitos, son la primera flor que ofrecemos ante el altar de la Madre del amor hermoso. ¡Ojalá formemos un precioso ramillete de las que recojamos del jardin ameno de esta Señora, para ponerlo á sus piés en el último dia de nuestros santos ejercicios!

Aceptad, Madre mia, esta santa resolucion que formamos al celebrar vuestras glorias, y acudid presurosa en nuestro auxilio, para que Vos seais quien «prevenga nuestros actos con las gracias que nos alcanceis del Dador de ellas, Jesus vuestro hijo y nuestro Dios, y nos hagais proseguir con su eficaz socorro; á fin de que nuestras oraciones y nuestras buenas obras, en el mes que os consagramos, sean conservadas por Vos, y Vos seais tambien quien las complete y perfeccione» para nuestra santificacion, en la que estais tan interesada, y en la que tanto brillará la gloria de vuestro Unigénito que vive y reina en los cielos por los siglos de los siglos. Amen.